

Las negociaciones y embaxadas hacian tener por necesidad frecuente comunicacion con ellos; pero se contentaban con la discusion de los intereses políticos, imitaban su luxo, sus canciones, sus novelas, y no hacian caso de tomar de ellos lo mejor que tenian. La supersticion fué quizá tambien obstáculo para este género de estudio. Sábese muy bien que Gerberto, arzobispo de Reims, despues de Ravena, y por último papa con el nombre de Silvestre II., fué sospechoso al pueblo en punto de magia, porque se habia hecho hábil en las matemáticas y en las ciencias abstractas (a). La ignorancia, que daba acogida ansiosamente á todos los prodigios falsos con que se alimentaba la credulidad, atribuía á la intervencion de los espíritus infernales todo lo que la maravillaba.

En la historia del siglo undécimo volveremos á tomar el hilo de estas reflexiones.

ARTICULO V.

Estado del christianismo en todas las comarcas del mundo en el siglo décimo

La iglesia de Oriente, como es bien sabido, habia padecido turbaciones en los últimos años del siglo nono, y en los primeros de este, con motivo del quarto matrimonio del emperador Leon el Filósofo con Zoe, muger célebre por su talento y hermosura. Estas turbaciones no las habia podido sosegar ni el llamamiento del patriarca Nicolas, ni el destierro de Eutichio, á quien el resentimiento de Leon habia hecho poner en su lugar en la silla de Constantinopla; pero al fin la paz se restableció, y las leyes canónicas se volvieron á poner en vigor por el concilio que se celebró en Constantinopla el año 920 baxo la autoridad del emperador romano Lecapeno, compañero de Constantino Porfirogeneto. En él se trabajó, no sin fruto, en la reunion de los prelados y de los clérigos, que se habian dividido entre los dos patriarcas Nicolas y Eutichio, y ademas se hizo un decreto que prescribia absolutamente las quartas nupcias conforme á la disciplina que siempre habia seguido la iglesia de Oriente; se permitian

(a) Las estudió en España, adonde vino con licencia de su abad.

las terceras en ciertos casos, y con ciertas condiciones, pero imponiendo penitencia de muchos años á los que las contraxesen; y por último, las segundas y aun las primeras estaban sujetas á algunas penas canónicas, siempre que hubiese precedido raptó ó incontinencia. Otro escándalo de mayor afliccion todavia para la Iglesia se siguió casi inmediatamente á este. Muerto el patriarca Esteban, sucesor de Nicolas, Romano Lecapeno, que disponia de todo entre tanto que Constantino su compañero pasaba la vida lejos de los negocios, en medio de los libros y de los sabios, destinó esta primera dignidad de la iglesia de Oriente para Teofilacto uno de sus hijos. Pero como este príncipe era demasiado jóven todavia para ser condecorado con ella, y hacer sus funciones; para ordenar las cosas segun las ideas del emperador, consintió un morge llamado Trifon en dexarse ordenar, y en ocupar la silla patriarcal por una especie de interinidad, hasta que el jóven príncipe hubiese cumplida la edad prevenida por los cánones. Esta disposicion, ramo de simonía, llamada confidencia, y una de las mas pecaminosas, es el primer exemplar que se halla de semejante abuso en la historia. Al cabo de tres años se retiró Trifon á su monasterio, y ordenado solamente Teofilacto, subió á la silla de Constantinopla, en la que se portó como correspondia á una entrada tan poco canónica. Vivió en el fausto y desorden, no bastando apenas para sus locos gastos las rentas de la Iglesia, y las cantidades que sacaba de la venta de los obispados, y de las otras dignidades eclesiásticas. A una pasion desordenada por la caza, juntaba la inclinacion á todos los demas placeres, no omitiendo ningun medio para satisfacerlos, y extendiendo la licencia hasta tratar indecentemente las funciones mas augustas del sagrado ministerio, y hasta violar todo el decoro propio de su gerarquía. La iglesia de Constantinopla tuvo el sentimiento de ver á este indigno pastor ocupar 23 años una silla que tantos hombres insignes habian honrado con sus virtudes y talento.

Hémonos extendido algo mas sobre lo concerniente á la promocion y porte de este patriarca, para dar en solo este exemplo una idea de los males que desolaban á las mas de las iglesias de Oriente; pero habia otros aun no ménos sensibles para aquellos que conservaban una inclinacion tierna, y un zelo justo por los intereses de la fe.

Veíanla siempre combatida por una multitud de sectas enemigas que habian formado sociedades cismáticas en las varias comarcas de la dominacion musulmana. Su rencor contra la iglesia católica, que los habia separado de su comunión, no se aquietaba jamas. El daño que no le podian hacer por sí mismos, lo hacian por medio de los sarracenos, cuyo fanatismo, siempre dispuesto á encenderse, encendia á menudo ciertas persecuciones, cuyo fuego, aunque de corta duracion, no por eso era ménos devorador. Estos ataques venian á ser freqüentes y vivos, porque además del odio del christianismo, innato en todos los musulmanes, eran todavía excitados á enfurecerse contra los católicos por los sectarios que vivian entre ellos y que aborrecian todavía mas á la Iglesia, que los discípulos de Mahoma á los christianos. Un choque tan freqüentemente repetido, que se puede tener por continuo, producía algunos mártires y muchos apóstatas; porque el eslamismo, que habia empezado por destruir todo lo que le era opuesto, habia creído despues que convenia trocar estos medios violentos por otro método mas suave. El espíritu de convertir, que era la principal pasion de sus doctores, se valió de los medios de la persuacion y del raciocinio para hacer admitir los dogmas y ceremonias del alcoran á los que querian atraer á la religion de Mahomá: verdad es, que quando el método persuasivo no surtia bien, y que á sus razones se oponian argumentos mas fuertes, á los que no tenian nada que responder, volvia á sus antiguas mañas. El hierro, los tormentos, y la muerte los sacaban de la dificultad, y la disputa en que la victoria no habia quedado por ellos, concluía siempre, quando lo podian hacer, con el castigo de los que los habian aterrado con las armas de la lógica.

Sus guerras con los griegos, que eran en cierto modo continuas, encendian siempre nuevas persecuciones contra los christianos. Si salian vencedores, abusaban de los derechos de la victoria, particularmente despues de los sitios concluidos, felizmente por ellos, asesinando los obispos, los sacerdotes y los monges, haciendo experimentar la misma suerte á los fieles que mostraban constancia, demoliendo las Iglesias y los monasterios, y profanando lo mas sagrado que tiene la religion. Si eran

vencidos, mas furiosos todavía se vengaban en los adoradores de Jesu-christo, y en los edificios consagrados á su culto, de la afrenta que acababan de recibir. Así que habiéndoles conquistado el emperador Nicéforo un crecido número de plazas, y llevado sus armas felizmente á Siria, Fenicia y hasta el monte Líbano, tan irritados como humillados con sus derrotas, hicieron perecer en los tormentos á Christóbal patriarca de Antioquia, y Juan patriarca de Jerusalem, sacrificaron á su venganza un prodigioso número de christianos, y quemaron la magnífica iglesia del santo sepulcro en Jerusalem.

Aunque rara vez dexasen de tener alguna parte en estas tempestades los cismáticos de la dominacion musulmana, se probaba de tiempo en tiempo reducirlos á la unidad católica que ellos habian rompido; pero estas empresas, inspiradas por el zelo y dirigidas por la caridad, no surtian todo aquel efecto que se esperaba. Es verdad que se desengañaba á algunos particulares, persuadiase á otros, pero no se conseguia reducir el cuerpo entero de la secta; y los que la componian dominados por sus antiguas preocupaciones, poco capaces por otra parte de seguir una discusion en que era preciso hacer analisis de los hechos y de la doctrina, se quedaban en su primera opinion; y aun hacian mas: que vencidos en la disputa, se atribuian la victoria, ó si no podian disimular su vencimiento, los hacia mas obstinados su resentimiento, mas encaprichados contra los católicos, y mas propensos á hacerles mal.

Tal fué el éxito de la conferencia que dispuso el emperador Nicéforo entre Polyeucto, patriarca de Constantinopla, y Juan, patriarca jacobita, esto es, Eutichiano, de Antioquia. Fácil era al prelado católico desarmar al defensor de la heregia y del cisma, apretándole con las razones mas sencillas tanto sobre el dogma, como sobre los motivos de separacion. Hizolo sin duda con toda la ventaja que tiene una buena causa sobre una mala, en especial quando sus intereses estan en manos diestras, porque Polyeucto era sabio y muy versado en materias teológicas. Pero si triunfó de las razones alegadas por su contrario, no pudo triunfar igualmente de su entendimiento y de su corazon; ántes al revés, el patriarca jacobita salió de la disputa mas preocupado y mas

agrio que habia entrado; y para hacer mérito con los de su partido, por el modo con que habia defendido los intereses de la causa comun, publicó una relacion de todo quanto se habia dicho por una y otra parte, y segun él dice, el papel mas lucido fué el suyo. Estas son las únicas actas que tenemos de esta conferencia, en las que se ve á pesar de todo el artificio de que usan para desfigurar la verdad, que la fuerza de los argumentos, y el talento para racionar de un modo concluyente, no estaban de su parte.

La antigua oposicion que habia entre griegos y latinos, declarada por Focio, adormecida despues, subsistia siempre sobre todo en el corazón de los primeros, quienes á la estimacion de sí mismos juntaban un fondo de envidia nacional contra los occidentales. Estas disposiciones tan favorables para la armonía de ambas iglesias, se excitaron con motivo de lo que vamos á decir. Hacia el año 968 enviaron á Constantinopla una embaxada el papa Juan XIII y el emperador de Occidente Oton I, la qual, segun Luitprando, obispo de Crémona, y uno de los embaxadores, que escribió de ella una relacion curiosa, tenia por objeto por parte del emperador Oton ajustar el casamiento del jóven príncipe Oton su hijo, con Teofania, hija de Romano el Jóven y de Teofania, con quien Nicéforo Focas se habia casado despues de haber subido al trono de Constantinopla. Sin duda Juan XIII se aprovechó de esta ocasion para enviar nuncios á la corte imperial de Oriente, tanto para trabajar en el enlace proyectado, como para tratar de los asuntos generales de la religion y de los intereses comunes á ambas iglesias. Este papa, en las cartas que presentaron sus nuncios á Nicéforo, le daba él título de emperador de los griegos y á Oton el de emperador de Occidente. Estas calificaciones chocaron mucho en Constantinopla, y Nicéforo se ofendió en tanto grado de ellas, que hizo poner presos á los nuncios. Tratábaseles de bárbaros, de miserables y al papa de hombre vil y despreciable, indigno de que el emperador se humillase á escribirle. Con estos términos de desprecio se explicaban los griegos regularmente, hablando de los latinos, y sobre todo de los habitadores de la Roma moderna. Pretendian que el gran Constantino, al transportar la silla del imperio á Constantinopla, se ha-

bia llevado consigo todos los ciudadanos nobles é ilustres que habia en la antigua capital; de suerte, que solo habian quedado en ella gentes plebeyas y un populacho vil. No se ciñó el resentimiento de Nicéforo Focas á la prision de los nuncios, sino que quiso que el patriarca Polyeucto erigiese la silla episcopal de Otranto en arzobispado, para substraer la Calabria y la Pulla de la jurisdiccion del papa; y- ademas le hizo mandar que la liturgia y el oficio divino no se celebrasen sino en griego en esta parte de Italia, que reconocia aun á los soberanos de Constantinopla por sus señores.

No se puede negar que entre los pontífices que sucesivamente ocuparon la silla apostólica durante este siglo, no tuvieron muchos las prendas necesarias para ganar la estimacion y respeto de los orientales. Juan XIII. aunque ménos vicioso y ménos desacreditado que otros muchos, no era irreprensible en todo, y la venganza que tomó del prefecto de Roma su enemigo no da á entender que lo animase aquel espíritu de mansedumbre que caracteriza á los verdaderos christianos, y que sobre todo debe brillar en los pastores. Mas como nos hemos propuesto tratar en artículo separado lo que pertenece á la iglesia de Roma y á sus pontífices durante este siglo, nada mas diremos de ellos aquí.

La iglesia de España, en donde el fervor y la luz habian reynado tanto tiempo, habia caido en corrupcion y en la ignorancia. Las irrupciones de los normandos, que talaban las costas, y de los sarracenos moros, que desolaban lo interior, habian causado en parte esta decadencia deplorable de la ciencia y de la piedad. Parece que la necesidad de defender la religion contra las calumnias de los infieles, y de vengarla de sus desprecios, habria debido mantener el gusto de los estudios, y la pureza de las costumbres en esta porcion de la Iglesia, mas expuesta que otras muchas á disputas freqüentes con los enemigos de la fe; pero las discordias civiles, la guerra continua, y la precision de estar incesantemente en armas para acometer ó rechazar al enemigo, habian inclinado los ánimos á ideas sangrientas, combates, expediciones militares, que no eran de los christianos, y mucho ménos de los pastores, en los siglos de virtud y de regularidad.

Sin embargo, todavía hubo en esta iglesia personas ilustres en santidad, cuyo número aunque corto, no por eso fué ménos precioso, añadiendo nuevo realce á las virtudes que los hicieron célebres el mérito de haber resistido al torrente general de la corrupcion. Entre estos hombres singulares que honraron á España en el siglo décimo, se cuenta san Gennadio, obispo de Astorga, que habia reedificado muchos monasterios destruidos por los moros, y sujetádolos á la regla de san Benito; san Rosendo, obispo Dumiense, que fundó el monasterio de Cella Nova en Galicia: san Froilan, obispo de Leon, que habia llegado á la perfeccion por medio de las austeridades de la vida eremítica; y san Atilano, obispo de Zamora, de familia rica y poderosa, que desde su juventud abandonó todas las fortunas del mundo por consagrarse á Dios en la soledad, y otros.

No olvidemos un exemplar de valor digno de los tiempos mas florecientes del christianismo. Hácia el año 984, reynando Bermudo II. tomó Mahomet Almanzor, ministro y general de Isem, califa de Córdoba, de quien ya hemos hablado, la ciudad de Simancas en el reyno de Leon. Despues de haber hecho pasar á cuchillo á los mas de los moradores, se llevó los demas cautivos. Estos infelices, reducidos á la mas horrible miseria, y cargados de cadenas, fueron puestos en una cárcel, en donde carecian de todo, y condenados á morir en los tormentos si rehusaban rescatar su vida negando á Jesu-christo; pero ellos se exhortaban unos á otros á permanecer firmes en la fe, y á preferir la muerte á la apostasia, bendiciendo al señor que les permitia padecer por él. Irritado el musulmán con su constancia, que ántes bien habia de haber movido su generosidad, dispuso que se les castigase, y todos recibieron la corona del martirio.

El christianismo, tan floreciente en Inglaterra en tiempo del piadoso rey Alfredo el Grande, perdió mucho de su esplendor despues de la muerte de este príncipe. Su hijo y sucesor, Eduardo el Anciano, muy ocupado sin duda en domar á los dinamarqueses, los galos y los bretones, puso desde luego ménos cuidado en los negocios de la religion, y en el gobierno de los eclesiásticos; pero habiendo tenido una carta del papa Benedito IV., en la que se quejaba este príncipe de que se de-

habian muchas iglesias sin obispos, mandó congregarse Eduardo un concilio, al qual asistió. En él se eligieron sujetos á propósito para ocupar dignamente las sillas que habia vacantes, y se erigieron otras nuevas en muchas Iglesias de bastante gente para tener pastor.

Adelstan, que subió al trono despues de la muerte de Eduardo, su padre, mostró grande zelo por la honra de la religion, y por la conservacion de la disciplina. Por consejo de san Odon, que primero fué obispo de Schirburn, y despues arzobispo de Cantorberi, hizo leyes sabias y severas contra los escándalos de los eclesiásticos, y los vicios mas comunes del pueblo. Mandaba pagar puntualmente el diezmo á las iglesias, y pronunciaba varias penas contra los que profanaban la santidad del domingo, y violaban las demas leyes eclesiásticas. Prescribia á los que habian recibido de él tierras y dominio, limosnas proporcionadas, que se habian obligado á cumplir fielmente. Castigaba las violencias hechas á las iglesias; prohibia celebrarse mercados públicos en domingo, y privaba de sepultura á los perjuros y testigos falsos. A estos reglamentos añadió ciertas instrucciones para los obispos y los monasterios, queriendo que todos los viérnes se rezasen por él cincuenta salmos.

El rey Edmundo, que empezó á reynar el año 940, no fué ménos zeloso por la disciplina de la Iglesia, y por la observancia de sus leyes. El año quarto de su reynado tuvo este príncipe una junta de prelados y señores en la que publicó nuevas leyes sobre la castidad, la paga de los diezmos, el precepto de la limosna, y las solemnidades que se debian observar en los matrimonios. En ella pronunció, así como sus antecesores, penas civiles y canónicas contra los perjuros, los homicidas, y contra los que ultrajasen á las vírgenes consagradas á Dios, ó renovasen los sacrificios impios de los gentiles.

Muchos santos obispos, como san Odon de Cantorberi, san Etelualdo de Vinchester, san Osnaldo de Vorchester, y san Dunstan, el mas famoso de todos, unian su autoridad con la de los reyes para hacer florecer la religion y las buenas costumbres. Para manifestar hasta qué grado alentaba la virtud de estos santos obispos su valeroso zelo, se cita un suceso, que referirémos sin atrevernos á juzgarlo. Eduino, príncipe jóven, entregado á sus pasio-

nes, que habia subido al trono el año 955, afectaba un desprecio arrogante de la religion, saqueaba las iglesias para satisfacer á sus locos gastos, y hacia alarde de su vida escandalosa. Los mas virtuosos prelados habian intentado, por medio de sus representaciones, reducirlo á una conducta mas arreglada y mas digna de su clase; pero fué en vano, porque él se desdenó de sus avisos, ó castigó con destierro su generosa libertad. Extendió asimismo el abandono de la buena crianza el dia de su consagracion, hasta dexar á los obispos y señores, que por causa de la ceremonia se habian juntado, para encerrarse con una muger de quien estaba extremadamente prendado. Todos los prelados y grandes se agraviaron igualmente de una accion que por las circunstancias chocaba todavía mas. Diputáronse dos obispos, cuyas representaciones fueron inútiles; y viendo san Odon que el jóven rey no daba oidos á nada, envió gentes armadas que le quitaron de la corte el objeto de su pasion. Desfiguráronla, la marcaron con un hierro ardiendo, y la conduxeron á Irlanda. Ella volvió, pero las gentes de Odon la cogieron de nuevo, le cortaron los jarretes, y acabaron con ella.

El zelo que san Dunstan manifestó en otra ocasion casi semejante, fué mas conforme con las reglas de la prudencia y de la caridad pastoral. El rey Egardo, príncipe dotado de las mas bellas prendas, cometió un delito semejante al de David. Afligido san Dunstan con una caida que á un mismo tiempo deshonoraba la religion y el trono, fué á buscar al príncipe culpado, quien segun la costumbre le alargó la mano para hacerlo sentar á su lado; pero el santo obispo retiró la suya, diciéndole en tono severo: *Qué os habiais de atrever, ó rey, á tocar con vuestra mano impura la que toca y sacrifica el cuerpo de Jesu-Christo?* Herido el rey con estas palabras como con un rayo, se arrojó á los pies de san Dunstan, confesando su delito, vertiendo lágrimas, y pidiendo perdon. Compadecido el arzobispo tambien con estas buenas disposiciones, hizo conocer al rey lo enorme de su pecado, y la obligacion de reparar el escándalo que de él se habia seguido. Impúsole una penitencia de siete años, en los quales se habia de abstener de llevar las insignias de la dignidad real, ayunar dos veces á la semana, y dar muchas limosnas. Prescribióle ademas fundar un monasterio de vírgenes, que

estuviesen ocupadas en pedir á Dios para él la pureza del corazón; desterrar á los clérigos de vida desatreglada, y emplear todo su poder en reformar los abusos que la diligencia de los pastores no podía extirpar. El príncipe fué fiel en seguir estos avisos, y después de una penitencia de siete años, se le reconcilió con toda solemnidad: exemplo de entereza en el santo arzobispo, y de religion en el piadoso rey, que da honra á entrambos. Las acciones y virtudes de san Dunstan las daremos á conocer mas particularmente en el artículo de las personas ilustres en santidad.

Este acuerdo de los príncipes y de los obispos de Inglaterra para el establecimiento de las reglas eclesiásticas y fomento de la piedad, impidió que la ignorancia y corrupcion hiciesen en este reyno tantos progresos como en las demas partes de Occidente. Sin embargo, no dexaron de introducirse en él grandes desórdenes; y los buenos obispos, cuyo número iba cada dia á ménos, no cesaban de gemir por lo desdichado de los tiempos á que estaban reservados. Tal era la fatalidad anexa á este siglo, que las tinieblas y la depravacion prevalecian por todas partes á pesar de los esfuerzos que se hacían para desviar su influencia.

Quando Rollon, cabeza de los normandos, se estableció con su nacion en la parte de la Neustria, que Carlos el Simple le habia cedido, se aplicó á hacer florecer en ella de nuevo la religion, conociendo que este era el único medio de moderar la índole feroz de su pueblo, y que las leyes serian poco eficaces siempre que no hubiese un poder que dominase el corazón. A esta época se debe referir el restablecimiento de muchas iglesias arruinadas ó maltratadas en las variás irrupciones de estos bárbaros, y la fundacion de muchos monasterios, que llegaron á ser escuelas de ciencia y de piedad. Los señores que participaron de su fortuna, imitaron su zelo y liberalidad; y así, unos establecimientos útiles á la religion, debieron su origen á la emulacion que el exemplo del soberano habia excitado entre ellos; pero en adelante los alborotos civiles, las guerras extrangeras y domésticas volvieron á acarrear una parte de los males que se habian empezado á remediar.

En lo restante de la Francia tuvo mucho que padecer la religion con las desgracias públicas y con la confusion,

que había destruido el órden generalmente. Hugo Capeto, que subió al trono el año 987, encontró la sociedad religiosa en tan deplorable estado como todas las partes de la administracion política y civil. Este soberano de la tercera rama de los reyes de Francia estaba en el vigor de su edad quando tomó las riendas del gobierno. No se le ocultó que para conservar á su posteridad la corona que acababa de conseguir, era preciso trabajar en destruir los vicios del estado, á los quales debía su exáltacion; y así dirigió hácia este objeto la experiencia que había adquirido en su primera condicion, el talento de que la naturaleza le había dotado, y el poder que había hecho á sus iguales tomarlo por señor. Tenia, así como sus padres y otros muchos señores, un crecido número de ricas abadías, cuya renta disfrutaba; pero las dexó, é hizo volver las cosas al órden natural. Su exemplo lo imitaron algunos de aquellos á quien el mismo abuso había puesto en posesion de los bienes eclesiásticos; pero en el artículo de la disciplina vemos que estos actos de justicia no fueron suficientes para reparar las brechas que causas multiplicadas y eficaces habían hecho en la Iglesia. Esto no podía ser sino obra del tiempo, y de una reunion de circunstancias favorables, de las quales distaba todavía mucho el ver el efecto.

El negocio mas importante que se movió en la Iglesia de Francia en este siglo, fué aquel á que sirvió de teatro la ciudad de Rheims. Su silla episcopal era objeto de ambicion para los eclesiásticos del mas distinguido nacimiento, tanto por las grandes rentas que poseia, quanto por el derecho de consagrar á los reyes, de que gozaba desde Clodoveo. Con este motivo no será inútil dar aquí algunas noticias para hacer ver como se habían apoderado de las dignidades mas sagradas los sujetos poderosos, ó protegidos por aquellos, cuya autoridad se había hecho superior á todas las leyes.

Herberto, conde de Vermandois, había tenido favor para hacer elegir arzobispo de Rheims en el año 925 á su hijo llamado Hugo, que no tenia entonces mas que 5 años de edad. Raulo, rey de Francia, demasiado cobarde, aunque bien intencionado, para oponerse y resistir á semejantes intentonas, dió su consentimiento para esta eleccion, y lo que debe parecer todavía mas extraño, el papa Juan XI. la aprobó en menosprecio de todas las re-

glas, y comisionó á Abbón, obispo de Soissons, para exercer las funciones episcopales en la diócesis. El conde de Vermandois se apoderó de toda la renta de esta Iglesia y se estableció con su familia en el palacio arzobispal. Siete años hacia que gozaba Herberto de su usurpacion, quando descompadró con el rey, quien ayudado de Hugo el Grande vino á poner sitio delante de Reims. Ya hacia tres semanas que duraba, quando los habitantes se determinaron á entregar la ciudad. Inmediatamente se concurrió á la Iglesia; y el clero, de acuerdo con el pueblo, eligió á Artaldo, monge de san Remigio, propuesto por el rey. El nuevo arzobispo fué ordenado por los obispos de la provincia; y algunos otros en número de diez y ocho. Despues de nueve años de obispado incurrió Artaldo en la desgracia de Luis de Ultramar, quien para castigarlo, vino á sitiar la ciudad con el conde de Vermandois. Acosado Artaldo fuertemente, tuvo que ceder, y se le pidió que hiciese renuncia del título de arzobispo de Reims. Congregados los obispos en Soissons, decidieron que era preciso ordenar á Hugo, destinado desde la infancia para esta dignidad, lo que se executó sin embargo de no tener mas que veinte años; y el papa Esteban VIII. le honró con el pallio, que había recibido Artaldo de Juan XI. Pasado algun tiempo este último que no había abandonado sus derechos, pudo ganar el apoyo de Luis de Ultramar, quien disgustado de Hugo y de sus hermanos, sitió de nuevo la ciudad, y restableció al arzobispo Artaldo, que murió el año 961. Entonces Hugo, que había recobrado algunas esperanzas, hizo varios esfuerzos, aunque inútiles, para volver á la Iglesia de Reims. Congregados los obispos en concilio en Meaux, y habiendo consultado ántes al papa sobre este negocio, se mandó dar pastor á la Iglesia de Reims sin atender á las pretensiones de Hugo, mirado como intruso, y juzgado por tal en los concilios. Así que se eligió á Udalrico, que fué canceller del rey Lotario, y despues de su muerte se le dió por sucesor á Adalberon, que tuvo el mismo empleo, y consagró á Hugo Capeto. Habiendo muerto Adalberon el año siguiente á la consagracion de Hugo Capeto, mandó elegir este príncipe por sucesor suyo á Arnoaldo, hijo natural del rey Lotario; pero habiendo habido sospechas de que el nuevo prelado había entregado la ciudad de Reims á Carlos duque de Lore-

na su tío, mandó congregar el rey un concilio para juzgarlo. El se confesó culpado, y renunció la silla de Reims, de que se reconoció indigno. Gerberto su secretario fué substituido en su lugar; pero el papa Juan XV. desaprobó que se hubiese depuesto á Arnolfo, y ordenado á Gerberto. Este defendió su derecho á la silla de Reims contra la decision del sumo pontífice por medio de una carta muy viva dirigida al arzobispo de Sens. Sin embargo, habiendo enviado el papa un legado á Francia para examinar este negocio, y muerto el rey Hago Capeto, protector de Gerberto; Roberto, hijo y sucesor de este príncipe, que necesitaba de Roma para la confirmacion de su casamiento con Berta su parienta, consintió en el restablecimiento de Arnolfo, que ocupó la silla de Reims hasta el año 1011. De este modo concluyeron estas largas disputas movidas por la ambicion y política. Veremos á Gerberto en la silla de Roma con el nombre de Silvestre II. en el artículo siguiente, y allí contaremos la de su historia.

Aunque la Alemania no haya sido ménos agitada que lo restante de la Europa con las divisiones intestinas, no habria experimentado la sociedad christiana mayores de gracias á no haber habido las freqüentes irrupciones de los ungaros, que fueron para estas comarcas lo que habian sido los normandos para el Occidente de la Europa. Estos bárbaros, cuyo origen era el mismo que el de los hunnos, tan terribles en tiempo de Atila, se habian establecido en la Pannonia que tomó su nombre, y en los países vecinos. Desde allí se extendieron á la Alemania, á la Italia por el Tirol, y aun penetraron hasta la Alsacia, la Lorena y la Champaña. Siempre andaban á caballo, y su ligereza era increíble. No tenian otras armas que flechas, que disparaban con maravillosa destreza. Se mantenian con carne cruda, y bebian sangre mezclada con agua; hablaban poco, obraban mucho, y eran infinitamente mas feroces que ningun otro pueblo bárbaro de que se haya hablado hasta ahora en la historia. Hállase mucha semejanza entre su modo de pelear, su género de vida y sus costumbres, y lo que los antiguos nos han contado de los scitas y de los sarmatas. Cometieron los mayores excesos de crueldad en todos los parages adonde se encaminaron; y semejantes á los normandos, dirigian su furia principalmente contra las iglesias y monasterios, tan-

to por la esperanza del botín, como por la poca resistencia que experimentaban de parte de los eclesiásticos y de los monjes. Los historiadores de aquel tiempo hacen una pintura compasiva de los estragos que causaron en todo el discurso de este siglo. Conrado fué precisado á sujetarse á pagarles tributo. Enrique el Paxarero se negó á ello, y se vengaron de él desolando toda la Alemania. Este príncipe disipó dos exércitos inmensos que habian levantado para invadir sus estados. Oton el Grande los derrotó igualmente, y desde este tiempo fueron ménos intrépidos. Como eran idólatras, y el odio de la religion christiana era una parte principal en sus irrupciones sangrientas, se han mirado como mártires los sacerdotes, monjes y vírgenes que llegaron á ser víctimas de su crueldad. Por último, este pueblo abrazó el christianismo de quien habia sido uno de los mas temibles azotes. Esteban su duque, convertido por san Adalberto de Praga, se hizo su apóstol. Este príncipe de un zelo y de una constancia invencible, venció todos los obstáculos que la supersticion y la ferocidad le pusieron. Dividió la Ungría en diez obispados, cuya metrópoli fué la Strigonia; y el papa Silvestre II. en premio de sus trabajos le confirió el título de *apostólico* con que se han honrado sus sucesores. Este suceso acaeció el último año de este siglo.

En todo él tuvo la Alemania príncipes de gran zelo por la gloria y acrecentamiento de la religion. Tales fueron Enrique el Paxarero, Oton I. y algunos de sus sucesores. Princesas de eminente piedad los animaron á lo bueno, y se aprovecharon de sus inclinaciones virtuosas, para hacer abundantes limosnas, fundar iglesias y monasterios, y exercer otras muchas buenas obras. Santa Matilde, esposa de Enrique el Paxarero, fue una princesa completa, que á todas las virtudes de una perfecta christiana juntaba la exácta observancia de todas las obligaciones de su estado. Santa Edita, muger de Oton el Grande, edificó á sus vasallos con su prudencia, y ayudó á su esposo en las medidas que tomó para persuadir á los esclavones á recibir la fe de Jesu-christo. Por último, santa Adelaida, madre de Oton II., mereció ser contada entre las mugeres que han dado mas honra al trono y á su sexó. Gobernadora en la menor edad de su hijo, malquistada despues por los consejos de los aduladores que tantas faltas hacen